

## EL MITO DEL DIALOGO

POR

VLADIMIRO LAMSDORFF-GALAGANE.

Profesor A. de Filosofía del Derecho de la Universidad  
de Santiago de Compostela.

Oímos mucho hablar, últimamente también en España, de *diálogo*. Oímos decir que es algo muy bueno, que es algo imprescindible, incluso, para alcanzar nuestra "autenticidad humana". Oímos ensalzar en los más diversos órganos informativos a quien lo practica, y oímos proclamar a los cuatro vientos todas las circunstancias del caso cada vez que un "diálogo" parece haber tenido lugar. También podemos oír, en ocasiones, acusaciones a determinadas personas de no practicarlo, de "cerrarse al diálogo". Lo cual equivale, en ciertos medios, a un auténtico *anatema*.

Pues bien, este *diálogo*, publicado en los periódicos, anunciado por la propaganda, predicado por sacerdotes, profesado por profesores, ¿*qué es?*

En sí, la palabra "diálogo" es susceptible de encerrar muy diversos significados, desde el diálogo socrático hasta el diálogo teatral. Por supuesto, el "diálogo" que tan insistentemente se nos recomienda practicar en la actualidad, no se refiere a cualquiera de esas posibles acepciones de la palabra, sino a una muy determinada. Y no es de extrañar que los partidarios de esta forma de comunicación hayan puesto un especial cuidado en definirla y distinguirla nítidamente de lo que ellos llaman "el diálogo en sentido amplio". Incluso, para mayor claridad, han recurrido al uso de distintos adjetivos. Especifican el "diálogo" que propugnan como "diálogo político" (en sentido de que se refiere al bien común en sentido amplio), como "verdadero diálogo" (en oposición a cualquier otra cosa susceptible de ser designada como tal), como "Diálogo Fraternal" (que algunos incluso escriben con mayúscula), etc.

Lo que aquí nos interesa, desde luego, no es la denominación en sí, sino el significado concreto que encierran todos estos adjetivos, por lo demás acumulables e intercambiables. Intentaremos hacerlo de la mano de uno de sus más conocidos propugnadores, el R. P. Georges-Dominique Pire, O. P., Premio Nobel de la Paz 1958 (1), y nos planteamos al respecto cuatro preguntas fundamentales.

### 1. ¿Quién dialoga?

Primero, ¿quién “dialoga”, o tiene que dialogar? No nos suelen responder claramente los partidarios del diálogo. Por lo general, emplean fórmulas ambiguas como “los hombres de buena voluntad”, “los hombres” en general, o bien —muy a menudo— *nosotros*. Esta última palabra siempre está presente, bajo una u otra forma, toda vez que se trata de subrayar la *necesidad* del “diálogo”. En tales ocasiones, sus partidarios plantean el problema como una exigencia ética incondicionada, un imperativo categórico, dirigido a los miembros del grupo a que dicen pertenecer. En nuestro caso, dirigido por determinados católicos a todos los católicos.

Sabido es que para que haya “diálogo”, se necesitan dos partes. ¿Cuál es “la otra”? ¿Con quién *hemos* de dialogar? Ahí la respuesta es explícita. “Con quienes difieren de nosotros” (2). O sea, con los no miembros del grupo dado. Los católicos, con los no católicos. Los cristianos en general, con los no-cristianos. Los creyentes en general, con los ateos. Muy especialmente, con los marxistas.

De hecho, el principal impacto publicitario se hace en el “diálogo” entre católicos y marxistas. A juzgar por la impor-

---

(1) Georges Dominique Pire, O. P., *Diálogos verdaderos y diálogos falsos*, trad. M. Zorrilla Ruiz, en *Sociología para la convivencia*, Zyx, Madrid, 1966, 23 y sigs.

(2) Pire, *op. cit.*, pág. 24,

tancia que le dan los medios informativos, no estamos lejos de suponer que éste es el único "diálogo" recomendado, e incluso, practicado. Naturalmente, esto es sólo una suposición, pero de lo que sí tenemos constancia cierta es de que con los católicos que pongan en duda la necesidad de dicho diálogo, *no se dialoga*. La exigencia de diálogo va dirigida desde dentro del grupo hacia fuera de él. En ningún caso hacia dentro, como exigencia de diálogo entre diferentes miembros del mismo grupo. Por lo demás, los católicos partidarios del "Diálogo" tratan a los católicos que no se adhieren incondicionalmente a su opinión con una hostilidad no disimulada. Como escriben textualmente, "quien no es capaz de abrirse al Diálogo, es un fanático" (3). Y en estos "fanáticos" ven a sus principales enemigos.

## 2. ¿En qué consiste el dialogar?

A nuestra segunda pregunta, la respuesta parece obvia. ¿En qué consiste el *dialogar*? Evidentemente, en hablar una persona con otra. Pero en realidad, no es tan simple. ¿Qué calificativo merece, por ejemplo, eso que el autor de estas líneas ha practicado multitud de veces, de encerrarse él y algún amigo marxista, con una botella y amplia provisión de cigarrillos, y pasarse toda una tarde discutiendo? No parece clasificable como "diálogo" sino con muchas salvedades y reparos: "Si la actitud era de... Si de la índole de los argumentos empleados no se desprende que..., etc." En cambio, son incondicionalmente aceptados como "auténticos diálogos" los encuentros entre católicos y marxistas de Colonia (1964), de Salzburgo (1965) y algunos análogos. De lo que parece desprenderse que se considera preferible el "diálogo" en presencia de Prensa, Radio y TV., inevitablemente presentes en tales encuentros.

¿De qué se habla durante el *diálogo*? Las respuestas son inequívocas. Se habla de lo más básico y fundamental. De la visión

(3) *Ibid.*, pág. 24.

del mundo en general. De la ideología de los dialogantes. De religión. De lo que afecta a la convivencia, al bien común, a la paz mundial (4).

Se supone previamente que en todas estas cuestiones, las partes en diálogo no están de acuerdo. Ello se admite expresamente, se considera inevitable (5), e incluso deseable (6).

### 3. ¿Bajo qué condiciones?

Lo que insistentemente subrayan los partidarios del "diálogo", más que los presupuestos anteriormente enumerados, que tienden a sobreentenderse por obvios, son las condiciones que hacen un diálogo "verdadero", "fraterno" o análogamente adjetivable, en oposición a los diálogos "falsos", "unilaterales", "de sordos", etc.

Una de las condiciones, insistentemente afirmada, es la *libertad en el diálogo*. Por esta razón, se declara imposible el "diálogo" entre "el fuerte y el débil", entre la mayoría y la minoría, etc., salvo que "se creen las condiciones necesarias para dejar hablar a los humildes y escuchar el clamor de los débiles", como exigencia "previa a considerar la posibilidad del Diálogo" (7). Lo cual denota una cierta tendencia a la supresión de la autoridad como tal (8).

---

(4) *Ibid.*, págs. 28-29. Pedro Laín Entralgo, *Sobre el diálogo y sus condiciones*, "Revista de Occidente", 1963 (2ª ep., 1/1) 101 y sigs., pág. 102.

(5) Pire, *op. cit.*, pág. 28.

(6) *Ibid.*

(7) *Ibid.*, pág. 30.

(8) Lo cual se apoya en unas premisas totalmente inexactas. Libertad, tanto para expresar nuestras opiniones o nuestros problemas, como para cualquier otra cosa, tenemos todos por el mero hecho de ser hombres. Por esta misma razón, tenemos *en nosotros mismos* la posibilidad de imponernos ante la coacción externa. En este caso, si algunos "débiles" de los que habla Pire no tienen los medios materiales, o el valor de hacer oír aisladamente su voz, que se unan para hacerlo. Al fin y al cabo, son

Se subraya también reiteradamente que el diálogo se ha de llevar a cabo “con *respeto* a la opinión y a la persona del otro”. La segunda de estas exigencias, el respeto a la persona, se comprende fácilmente. Pero ¿qué se entiende exactamente por respeto a una *opinión*? Sencillamente el dejarla existir como ella es. El diálogo ha de ir encaminado a “tratar de comprender y estimar positivamente las opiniones ajenas, aunque no se compartan” (9). Comprender y *estimar positivamente*. La expresión es muy fuerte.

#### 4. ¿Para qué?

Pero donde realmente nos asalta la duda es al preguntar ¿para qué se dialoga? En efecto, se excluye expresamente la posibilidad de llegar a un pleno acuerdo en base a una de las opiniones en litigio. El Diálogo, escribe el P. Pire, ha de ser cuidadosamente distinguido de lo que sean “conversaciones, influencias, contactos o apostolado” (10). El mismo especifica que a la Encíclica *Ecclesiam Suam*, que trata del “Diálogo de Salvación”, “sería erróneo estimarla dirigida a estimular o promover el Diálogo Fraternal en sentido estricto” (11).

En cambio, se admite expresamente, en el dialogante, “el riesgo a las transformaciones del propio pensamiento y quizá a la pérdida de sí mismo” (12). El sentido de estas palabras, cuando el llamamiento al “Diálogo” va dirigido a católicos, no puede ser más inequívoco: incluye el riesgo, por parte de éstos, a perder la fe. Sin embargo, como vimos, no incluye la lógica

---

*hombres* y no niños a quienes es indispensable crear condiciones externas favorables y tuitivas. Por lo demás, si así se hiciera, el propio P. Pire se encargaría, con toda seguridad, de hablar de “paternalismo”.

(9) Pire, *op. cit.*, pág. 24.

(10) *Ibid.*, pág. 25.

(11) *Ibid.*

(12) *Ibid.*, pág. 23 (cita de Jean Lacroix, tomada por su cuenta por el P. Pire).

contrapartida a dicho riesgo, que sería la posibilidad de convertir al contrincante.

Todo lo más que se admite es una vagorosa posibilidad de que de las verdades relativas esgrimidas por los dialogantes surja una verdad más elevada (que puede llamarse "convivencia", "mutua perfección", "armonía universal" o cualquier término análogo). En ocasiones, se admite expresamente el origen hegeliano de la idea (13).

## 5. El mito del diálogo.

Pues bien, el "Diálogo Fraterno" así entendido es un *mito*. Lo es por una razón muy sencilla: por ser impracticable; por ser absolutamente imposible de llevar a cabo en la vida real. Y es impracticable no tanto por razones pragmáticas o éticas (14), sino, en primer lugar, por consideraciones puramente lógicas.

En efecto: se parte de la hipótesis de que el diálogo requiere dos o más ideologías contrapuestas, o al menos *distintas*. Su existencia se da por supuesta.

Pero para que sus representantes entren en "Diálogo Fraterno", es preciso que estén previamente de acuerdo al menos en una cosa: en que van a dialogar. Sólo hay diálogo si ambas partes están dispuestas a él. Este previo acuerdo, a su vez, significa que ambas partes admiten que es deseable, o incluso necesario, el *diálogo* mismo, tal como están dispuestas a practicarlo: o sea, con todas las condiciones e implicaciones que brevemente acabamos de considerar.

Ahora bien, una de estas implicaciones es la idea hegeliana de que el "Espíritu" camina por contradicciones y síntesis sucesivas hacia la armonía universal. Sin la admisión, al menos

---

(13) *Ibid.*, pág. 24.

(14) Que por lo demás, tampoco hay que olvidar. Cfr. a este respecto Jean Ousset, *Las condiciones de un verdadero diálogo*, VERBO, 1966 (5/47-48), 415 y sigs.

implícita, de esta idea, el diálogo tal como lo hemos definido carece de sentido. Pero si dos ideologías admiten esta idea, se trata de dos ideologías hegelianas. Lo cual pugna con la hipótesis.

Pugna con la hipótesis, porque dos ideologías hegelianas no pueden realmente ser consideradas como *distintas*. Por el contrario, en sus aspectos esenciales —precisamente sobre los cuales debe versar el diálogo— son ideologías *idénticas*. Las diferencias entre ellas sólo pueden ser accidentales, de mero detalle.

Por consiguiente, con el diálogo tal como lo define el P. Pire, y tras él numerosos católicos que convenimos en llamar “progresistas”, ocurre necesariamente una de dos: o bien un enfrentamiento de dos ideologías realmente distintas, en cuyo caso el diálogo entre ellas es imposible, porque al menos una de las partes se negará a practicarlo sobre las bases propuestas. O bien, una confrontación de dos ideologías hegelianas, en cuyo caso el diálogo entre ellas es inútil, por estar ambas previamente de acuerdo en los puntos esenciales. Es más, en esta última hipótesis, de un diálogo entre dos ideologías hegelianas, como cada parte se compromete a respetar las opiniones de la otra (o sea, a no contradecirlas), ni se conseguiría allanar las posibles diferencias accidentales entre ambas, ni se llegaría a ningún acuerdo en cuestiones fundamentales, por existir dicho acuerdo ya antes de empezar el diálogo.

## 6. ¿Qué encubre el mito?

Pero entonces, si es así, ¿por qué continúan existiendo, sobre todo entre cristianos, y en número cada vez mayor, partidarios y propugnadores del “Diálogo”? Desde luego, no hay ningún mito que se propague por consideraciones estéticas o humorísticas. Si hay mito, es que encubre o justifica algo práctico e inmediato. Veamos, pues, cuáles son las implicaciones —también desde un punto de vista meramente lógico— de una postura “abierta al diálogo” en un cristiano.

El que un católico esté dispuesto a “tratar de comprender y estimar positivamente las opiniones ajenas, aunque no las comparte”, en la creencia que de ello resultará algún bien y se progresará en la verdad, tal vez no implica en él una “hegelización” consciente. Pero supone en todo caso, por su parte, el admitir que la doctrina que él profesa es susceptible de ser “sintetizada” o “perfeccionada” (cuando no “transcendida”) con ayuda de otra contrapuesta. Contrapuesta, entiéndase bien, en lo esencial. Lo cual, a su vez, implica que este católico deja de considerar a su doctrina como la Verdad absoluta, más allá y fuera de la cual no hay otra posible, dado que su postura afecta no ya sólo a la doctrina social de la Iglesia, sino a lo más central y fundamental: al Dogma. El hablar, pues, de “Diálogo” implica considerar a la propia doctrina como una verdad relativa, de rango igual a la que en el “diálogo” se le contrapone, y con ayuda de la cual se trata de llegar a otra verdad superior que las armonice y comprenda a ambas.

Pero tal postura, a su vez, significa que estos “católicos” renuncian expresamente a la creencia de que las verdades que profesan han sido reveladas por Dios de una vez y para siempre, y de que el Papa está asistido por el Espíritu Santo en su magisterio ordinario.

Ahora bien, resulta que la fe católica consiste precisamente en estas creencias. La renuncia a ellas tiene por tanto un nombre muy preciso. Se llama *apostasía*. No ya herejía, que consistiría en apartarse de *alguna* de las verdades reveladas, sino apostasía propiamente dicha, pues consiste en afirmar implícitamente que no existe *ninguna* verdad fija e inmutable, y por tanto, *ninguna* verdad revelada.

## 7. La “apertura”.

El “diálogo” tal como en los nombrados sectores católicos se predica, es pues, un mito. Pero un mito que encubre un hecho desgraciadamente muy real: la apostasía.



Si ahora recapitulamos a la luz de este hecho las notas que señalamos en el "Diálogo" propugnado por el P. Pire y sus partidarios, descubrimos que todas ellas tienen su razón de ser. Todo se explica. Por ejemplo, un hecho que los no "progresistas" encuentran particularmente irritante, y es el siguiente: lo que realmente hacen los propugnadores católicos de "la apertura al diálogo" no es tanto entablar, de hecho, "diálogos" con los no católicos (lo cual ya vimos que es o imposible, o inútil), sino *hablar del diálogo* a los demás católicos. Y si es que alguna vez se emprende con alguien una apariencia de diálogo, se hace, como ya señalamos, con bombo y platillo, empleando todos los medios actuales de difusión y propaganda. Lo subrayado en dicha propaganda es meramente el hecho de que el diálogo tuvo lugar: que se encontraron católicos y marxistas en tal número, en tal lugar y tal fecha. De lo tratado en el encuentro apenas se habla. Por lo demás, los resultados concretos del diálogo no se declaran casi nunca "satisfactorios" (lo cual sería, por cierto, muy de extrañar), sino "prometedores".

Todo ello es muy lógico, si tenemos en cuenta que la actitud básica de este movimiento a favor del "Diálogo" es la apostasía de la fe. Todo apóstata tiende evidentemente al proselitismo: si ha abandonado su fe, es que la considera como un mal, y un mal hay que evitárselo al mayor número posible de gente. Y bien, lo que se trata de conseguir es precisamente esto: católicos "abiertos al diálogo", pues esta "apertura" en sí misma ya implica una apostasía inconsciente, que andando el tiempo se acaba convirtiendo en apostasía consciente y formal (15), aunque no siempre declarada. Esto es lo que se predica, o bien de palabra, al modo tradicional, o bien por el ejemplo, organizando "diálogos", "colo-

---

(15) El proceso lo describe admirablemente Plinio Correa de Oliveira, *Trasvase ideológico inadvertido y diálogo*, VERBO, 1966 (5/42-43), páginas 77 y sigs., págs. 139 y sigs. Y Martirán Brusnó lo demuestra magistralmente en el ejemplo de un tal P. Liégé, O. P., en quien (como en tantos otros) son inseparables la insistencia en el diálogo y el ataque furibundo a toda clase de "integristas" (*España en el diálogo*, Ed. Vicente Ferrer, Barcelona, 1966, págs. 167-171).

quios”, “encuentros”, etc. Lo que en tales casos interesa destacar en el mero hecho de que *tuvo lugar* el “diálogo”; lo que en él se dijo, en el fondo, no tiene importancia. El papel del marxista en estos “diálogos” es meramente instrumental. No van encaminados a influir en él directa ni indirectamente. Van encaminados a influir en los demás católicos. De los marxistas, sólo se requiere la presencia física.

También es lógico que el principal enemigo de los católicos “abiertos” no sean los no-católicos o los ateos, sino los católicos “fanáticos”, “cerrados al diálogo”. En efecto, el principal enemigo de todo apóstata es el que intenta mantenerse firme en la fe. Hacia él, no hay “apertura” posible.

## 8. El diálogo y los marxistas.

Lo que sí merece una explicación aparte, sin embargo, es la actitud de los marxistas ante el “diálogo” con los católicos.

Por de pronto, no nos atreveríamos a afirmar que la idea misma de “diálogo” —en la acepción que hemos examinado— haya sido lanzada por marxistas. No hemos conseguido averiguar su procedencia exacta, pero juzgamos lo más verosímil que lo haya hecho algún apóstata de fecha reciente (16), deseoso de ocultar, o bien de justificar y propagar su actitud (más probablemente, todo esto a la vez). Los marxistas, por el contrario, se vieron colocados ante un dilema. Su ideología, pese a todas las apariencias y declaraciones, e incluso a ciertas nuevas orientaciones, es muy poco hegeliana: un marxista se cree en posesión de la verdad fija e incommovible, e incluso, del único conocimiento científico y omnicompreensivo posible (17). Le es, pues, imposi-

---

(16) El mito, desde luego, fue lanzado no hace mucho, posiblemente ya después de la muerte de Stalin. En todo caso, después de la segunda guerra mundial.

(17) Invariablemente encontramos, al principio de cualquier tratado, manual o monografía expositiva de este pensamiento, frases de este tipo: “El materialismo dialéctico e histórico constituyen la cosmovisión co-

ble, en principio, aceptar el “diálogo” propuesto sobre las bases que hemos visto. Por otra parte, los diversos partidos comunistas —pasando ya a consideraciones tácticas— se dieron cuenta del partido que podían sacar del *mito del diálogo*, en orden a hacer cuantos más apóstatas se pueda en la Iglesia católica y, de ser posible, captar para sí a los ya existentes.

Se resolvió el problema acudiendo a la división del trabajo, como muy claramente se pudo notar en los ya mencionados encuentros de Colonia y Salzburgo. Los comunistas occidentales, para quienes son problemas vitales tanto el del proselitismo como el de la lucha contra la Iglesia, se prestaron —y se siguen prestando— a la maniobra con mucho gusto. Los comunistas orientales en el poder, en cambio, muy celosos de la unidad ideológica de sus pueblos, y que en su lucha contra la Iglesia disponen de otros medios, boicotearon los encuentros. Para ellos, en efecto, lo vital es no demostrar la menor fisura en su ideología, la menor concesión a cualquier otra, o la menor admisión implícita de que alguna de éstas pueda comportar una parcela de verdad que no afirme también el marxismo. El “abrirse al diálogo” ellos también, como vimos, implicaría al menos esto último, por lo cual se guardaron mucho de hacerlo. Desde entonces, si bien se han mostrado dispuestos a enviar personal a encuentros con católicos —personal cuidadosamente seleccionado, por supuesto—, ha sido siempre con el mayor sigilo y con exclusión absoluta de cualquier publicidad en el interior de sus países.

## 9. El diálogo y los católicos.

Ya sabemos, pues, en qué consiste y qué implica el “Diálogo

---

herente y unitaria de la clase obrera, que da una explicación consecuentemente materialista a todos los fenómenos de la realidad” (D. I. Chesnokov, *Istoricheskiy Materializm* (Materialismo histórico), Muysll, Moskvá, 1964, pág. 5). “En la historia de la filosofía no hubo, ni hay, ninguna filosofía, a excepción de la marxista, capaz de dar una explicación coherente, consecuente y científica de todos los fenómenos naturales y sociales” (*Ibid.*, pág. 6).

Fraterno" que desde determinados ambientes tanto se nos recomienda. Y ante eso, ¿qué hemos de hacer?

Por de pronto, no solucionaríamos nada interrumpiendo o evitando todo contacto con los no católicos (marxistas inclusive), alegando que tal contacto sería "diálogo". Menos solucionaríamos aun atacando la idea misma de diálogo. Por el contrario, el diálogo con los que no participan de su fe es para todo católico un deber. El *deber de evangelización* que recordó Pablo VI en su primera Encíclica (18). Evangelización por la palabra y por el ejemplo, no exclusivamente por este último (19). De la evangelización por la palabra, por el razonamiento, por la lógica, habló el Papa con mucha claridad. Habló de la posibilidad de llevar a un ateo a Dios por la vía de la razón, al ponerle de manifiesto lo ilógico, fragmentario y voluntariamente superficial de su postura (20). Y claro, para eso hay que hablarle al ateo, discutir con él, comprenderlo y convencerlo (21). Habló Pablo VI, en una palabra, del *diálogo de salvación*, nacido de la caridad, que ha de realizar la Iglesia a través de cada uno de sus miembros (22).

---

(18) *Ecclesiam Suam*, cap. 3. Y con no menor insistencia, el Concilio Vaticano II (*Constitución sobre la Iglesia*, c. 4, 35; *Decreto sobre el apostolado de los seglares*, passim).

(19) Cfr. Concilio Vaticano II, *Decreto sobre el apostolado de los seglares*, 2, 6.

(20) *Ecclesiam Suam*, "Acta Apostolicae Sedis", 1964 (56/10), 609 y siguientes, pág. 653.

(21) No queremos decir que haya de hacerse sin adoptar determinadas precauciones. Por de pronto, es descable un previo conocimiento de la ideología del interlocutor, y es, desde luego, absolutamente indispensable un sólido conocimiento de la doctrina propia, que se compromete uno a defender. Por otra parte, no es propicio todo tiempo, lugar y ocasión. Sobre estas condiciones, cfr. más concretamente, inspirándose en la *Ecclesiam Suam*, Juan Labrador, O. P., *A Dialogue With Communism?*, "Philippiniana Sacra" 1966 (1/1), 137 y sigs., pág. 151 y sigs. En general, cfr. el cap. 6 del *Decreto sobre el apostolado de los seglares*, del Concilio Vaticano II.

(22) *Ecclesiam Suam*, ed cit., pág. 642. Sobre la importancia de este documento, cada día menos comentado, cfr. Agustín de Asís, *Puntos de*

Ahora bien, esto no consiste en *hablar de* diálogo, sino en practicarlo. En practicarlo, por supuesto, con los no católicos; pero los que necesitan, más que nadie, de apostolado, son los católicos que actualmente se encuentran cerca de la apostasía. La catolicidad ha estado sometida, y sigue sometida, a un intenso bombardeo propagandístico de mitos diversos, entre los cuales el del "Diálogo" ocupa un lugar destacado. No es, pues, de extrañar que se haya conseguido intoxicar a un número muy considerable de fieles. Y a éstos es necesario y urgente explicarles, con todos los medios a nuestro alcance, qué hay debajo de tales mitos y adónde llevan. No sólo existen los "hermanos separados"; también hay que acordarse de los "hermanos contagiados".

Ahora bien, en este último caso se nos puede oponer una objeción, tal vez no muy sólida, pero de indudable "garra" polémica. Es la siguiente: que consideramos el diálogo como un deber, pero un deber que se concreta a oponerse al diálogo. O sea, dialogamos para convencer a los demás de que no se dialogue.

Por supuesto, de todo lo dicho hasta ahora se desprende que no se trata de esto. Que lo atacado no es el diálogo en sí, sino el *mito* del diálogo. El diálogo-mito no es lo mismo que el diálogo real y efectivo. Es más, vimos que el diálogo-mito implica más bien *ausencia* de diálogo real. Lo que hay de mito en el diálogo, como vimos, estriba más que nada en el problema del fin del mismo. El diálogo real sólo se puede concebir como *un medio*, entre otros posibles medios, de difundir la fe cristiana. Lo que hay en él de mito consiste en presentarlo como *un fin en sí*. El diálogo real, lo consideramos "bueno" o "malo" según los resultados obtenidos: bueno si hemos conseguido inclinar al interlocutor hacia nuestra fe, malo en el caso contrario. Ambas posibilidades están siempre abiertas, pues no todo diálogo tiene necesariamente éxito. El diálogo-mito, en cambio, nos es presentado como un *bien* en sí. Se nos dice que *lo bueno* es el mero hecho de dialogar, independientemente del posible resultado; o

---

vista sobre la Encíclica *Ecclesiam Suam*, "Anales de la Cátedra Francisco Suárez", 1964 (4/1) págs. 5 y sigs.

más aún, que el resultado positivo se producirá automáticamente con motivo de la generalización del "diálogo", y que cada diálogo concreto es por esto mismo un bien.

La distinción es, pues, muy clara. El fin último que persigue el diálogo cristiano es la universalidad de la fe cristiana. El fin último del diálogo-mito es la "apertura", o dicho en términos tradicionales, la apostasía.

Y ante esto, también nuestra posición ha de ser muy clara. El diálogo que como seculares estamos dispuestos a practicar, de acuerdo con las directrices pontificias y las del Concilio Vaticano II, es el diálogo fundamentado en el principio de caridad (23). Tan necesario es practicarlo con los no católicos como con los católicos (24). Consiste en comunicarse con claridad, afabilidad, prudencia, sobre todo *en confianza*, lo cual, evidentemente, excluye toda publicidad (25). Con los no católicos, tal coloquio versará sobre las verdades fundamentales de la fe. Versará sobre este tema querámoslo o no, pues incluso un diálogo comenzado sobre temas políticos o sociales, tarde o temprano tendrá que llegar a la zona de los fines últimos. En cuanto a las condiciones, es evidente la del respeto a las personas, toda vez que sea posible. En cambio, el respeto a la opinión contraria, si bien ha de admitirse en la zona de las verdades naturales (26),

---

(23) *Decreto sobre el apostolado de los seculares*, del Concilio Vaticano II, 1, 3.

(24) "Los católicos, en la acción ecuménica, deben, sin duda, preocuparse de los hermanos separados, orando por ellos, tratando con ellos de las cosas de la Iglesia y adelantándose a su encuentro. Pero, antes que nada, los católicos, con sincero y atento ánimo, deben considerar todo aquello que en la propia familia católica debe ser renovado y llevado a cabo para que la vida católica dé un más fiel y más claro testimonio de la doctrina y de las normas entregadas por Cristo a través de los Apóstoles" (*Decreto sobre el ecumenismo*, del Concilio Vaticano II, 1, 4). ¿Y quién negará que el fenómeno más indeseable, dentro de la propia Iglesia, es la apostasía encubierta? Poco importa que el apóstata no nos convoque a "diálogo". Hemos de buscarlo y dialogar *nosotros* con él.

(25) *Ecclesiam Suam*, ed. cit., págs. 644-645.

(26) Hay que recordar, con Santo Tomás, que respecto de las con-

es inadmisibile en cuanto a las verdades fundamentales. Y por supuesto, el fin del diálogo ha de ser el llegar a un acuerdo; no siempre se podrá conseguir en la práctica, pero no por ello la intención ha de ser distinta (27). Y el fin último, para el que se busca el acuerdo, no es sino el Reino de Cristo en la tierra, no sólo en lo espiritual, sino también, como muy particularmente subraya el Concilio Vaticano II, en lo temporal (28).

---

clusiones particulares de la razón especulativa, la verdad es idéntica en todos, pero no todos la conocen igualmente. Y en las conclusiones particulares de la razón práctica, ni la verdad o rectitud es idéntica en todos los hombres, ni cuando lo es, es igualmente conocida (*S. Th.*, 1-2, q. 94, a. 4).

(27) *Ecclesiam Suam*, ed. cit., pág. 644.

(28) *Decreto sobre el apostolado de los seglares*, 2, 7.